



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Indoamérica en la obra del maestro Baldomero Sanín Cano

Autor: Morales Benítez, Otto

Forma sugerida de citar: Morales, O. (1999). Indoamérica en la obra del maestro Baldomero Sanín Cano. *Cuadernos Americanos*, 2(74), 135-159.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 74, (marzo-abril de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Indoamérica en la obra del maestro Baldomero Sanín Cano

Por *Otto* MORALES BENÍTEZ
Escritor colombiano

1. Indoamérica, sus revelaciones y su identidad

ESTE TEMA nos pone en evidencia la necesidad de tener conocimiento de qué pensaba Sanín Cano en torno de lo que es la obra literaria para un pueblo. ¿Es un adorno? ¿Entra dentro de los entretenimientos y deliquios? ¿Se presenta como parte de algo muy singular dentro de la atmósfera de lo que puede soñar una comunidad como altísima expresión de su inteligencia? Él nunca aceptó esto. Su posición era que la demostración intelectual formaba parte de los elementos que ayudan a integrar una comunidad. Está en el centro de lo que le da permanencia y la proyecta. Es algo que va descubriendo lo característico del mundo intelectual y, luego, de su contorno social, económico y político. No está al margen. Está en el centro. En el punto donde se ven más claras las líneas de cómo se va armando una nacionalidad. No es recurso de entretenimiento mental o artístico. Viene de lo más hondo y auténtico de la existencia. De allí nace su fuerza y su impulso. Un pueblo no puede vivir sin estas características, porque estaría cegado, mudo, sin dejar asomar los dones que le dan categoría. Y compromete por igual al letrado como al hombre de la calle. Al que está más enraizado en los problemas del arte como al ciudadano que, por sus oficios, no puede dedicar mucho tiempo a la contemplación, lectura y encomio de la literatura. Ésta es raíz e impulso hacia el futuro creador de los pueblos. Es donde queda la huella de lo que éstos han hecho, soñado, estimulado e impulsado con su propio existir. El escritor, con conciencia o sin ella, los toma y los refleja. Los proyecta en sus actos y en sus irradiaciones más profundas. La literatura es encarnación viva de lo que es la cultura que cubre las áreas más distantes y no excluye a ninguna. La palabra, entonces, está allí para lanzar ese mensaje y proyectarlo. Quien escribe tiene una posición muy alta de hombre que sintetiza y traza líneas. Que deja dibujado el contorno de lo que es la cultura de un pueblo.

En Indoamérica tenemos aún mucha labor para realizar. Ella consiste cabalmente en descubrir lo que dejaron en lenguaje y, naturalmente, en escrituras que no hemos penetrado aún, las culturas ancestrales. Hay libros que son clásicos como el *Popol-Vuh* o los Códices, cuyo estudio nos enriquece cada vez que hay un hallazgo. Está lo que creían, pensaban y esperaban nuestros antepasados. Falta una larga tarea de investigación.

Más tarde, vienen los cronistas, quienes cambiaron los elementos de expresión, principiando por el lenguaje, al ponerse en contacto con nuestras tierras. Es otro estudio que es indispensable acometer: cuáles fueron los cronistas que estuvieron más en concordancia con lo nuestro, los que consagraron algunos testimonios comprensivos, a pesar de lo que les exigían las órdenes españolas. No pudieron eludirlo: dejaron consagrado el vivo espectáculo de nuestra naturaleza, de algunos rasgos de las religiones, el reconocimiento de que sí existían idiomas y que se poseía una rica producción artística, arquitectónica. Hay urgencia de clasificar estos materiales con un nuevo criterio: el de descubrir en esos textos, perdidos en medio de la exaltación de las hazañas de conquista y de la imposición de la religión y la lengua españolas, cómo era lo nuestro. Es una lectura que no se ha hecho y que no se ha intentado. Es una novísima tarea, que hay que acometer con el criterio de rescatar lo que nos da identidad y nos proyecta desde esa época. La tarea es exigente y difícil. Entraña una rectificación a los modelos críticos a que hemos estado sometidos. No se trata de levantar fuerzas o criterios antiespañoles, sino revivir y exaltar lo nuestro en lo que consagraron en sus escritos quienes vinieron a dominarnos. Nos vamos a enriquecer extraordinariamente.

Invariablemente el maestro estuvo solicitando que escrutáramos cuáles eran los cronistas más vecinos al continente. Indoamérica existió, desde luego, mucho antes de llegar Colón. Que no la hayamos visto con la fuerza y proyección cultural que tenía, es virtud de los sistemas educativos de la conquista. Es parte del desprecio sobre lo que éramos y representábamos. Era una manera de imponer su concepción de la administración de un mundo que comenzaban a subyugar. Había una conciencia indoamericana que se fue ocultando. Nuestra labor es reencontrarla. Sabemos que hay dificultad con los radicales "hispanistas", los católicos que renuncian a mirar su continente por temor de encontrarse con otras verdades religiosas que contradicen las suyas, o de mentes menores, entregadas al ímpetu europeo. Ninguno de ellos colaborará mucho.

En cambio, hay mucha gente localizando orígenes y realzando las creaciones que nos amparan desde las primeras e iniciales etapas. Los cuales se encargan de recobrar una conciencia americana. Sanín Cano trabajó, con insistencia, en estos criterios trascendentales. No toleró verlos abandonados al capricho. Los estudió metódicamente, con rigor, e hizo muchas sugerencias aprovechables. Es una tarea nuestra, pues han suscitado poco afán entre escritores y artistas en Europa, aunque se han interesado un poco más en este siglo. Precisamente en la revista *Hispania* —que se publicó en Londres y en Madrid— la tarea era permanente para entusiasmar a los investigadores con lo que nos pertenece y lo que somos, para revelar quiénes eran los escritores, qué vocaciones de arte principiaban a señalar derroteros. Era bueno que el universo nos conociera y escuchara.

A ello estuvo dedicado Sanín Cano en su etapa de vida en Europa, descubriendo, denunciando, abriendo perspectivas de estudio para esta área. Realizó una bella e intensa tarea de rescate de lo colombiano y de lo indoamericano. Es algo que no mencionan quienes lo motejan de extranjerizante, porque nos repartía noticias de lo que acontecía en Europa y Estados Unidos, pues tenía posibilidad de hacerlo por su larga vida en el exterior y el conocimiento de varios idiomas. No abandonaba su visión entrañable de Colombia e Indoamérica. Estaba alerta y abogaba con afán de que nos estudiaran y entendieran. Esta labor es más sustancial que la que facilita el asomo de nombres de la cultura extranjera. En esa labor, hay que destacar su generosidad intelectual. No se le nota con vaguedades, dudas o mezquindades. El elogio a los nacionales se entrega sin amputación. Los exámenes de conjunto puntualizan que hay sistemas, principios, orientaciones y posibilidades sin cuento. Se localiza en las palabras de ese tiempo que lo americano y el americanismo han existido. Que son propósitos hondos, permanentes. Él habla de “la magnífica y vasta literatura” de este lado del universo, en lo cual coincide con quienes escribieron de este continente con pasión y comprensión. Durante muchos años se indicó que nuestra literatura era apéndice o prolongación de la de España o de Europa, es un error. Sanín Cano lo rectifica cada vez que se aproxima al tema. Condena ese desvío y falta de precisión en señalar y exaltar lo que realmente somos y representamos como parcela independiente¹

¹ Otto Morales Benítez, *Caminos del hombre en la literatura*. El primer capítulo se refiere a esta materia. El libro, de próxima aparición, lo edita el Instituto Caro y Cuervo.

en el ambiente intelectual. Rudolf Grossman explica que no puede aplicarse a nuestra literatura la misma división por periodos que se utiliza en Europa.² Que no coinciden los nuestros con aquéllos. Que se está en otro estadio intelectual. Porque lo de Indoamérica “existe, aunque de un modo totalmente distinto al de Europa”. Por ello, también, tiene que intentarse un nuevo ordenamiento histórico en el estudio de su literatura.

Se hallan en medio de la riqueza de páginas de Sanín Cano, indicaciones de cómo deben trabajarse nuestros materiales. Él habla de una investigación de profundos elementos. No quiere que nos perdamos entre las exigencias de otras culturas. Sin que se tenga un ademán de desafío. Rigor y orden solicita a quienes emprendan la tarea. Que no se deslumbren por otras culturas que pueden ser más llamativas, por tener más años de evolución. Lo nuestro es muy reciente. Oculto lo de las culturas míticas, sin análisis, en relación con lo que de vivo expusieron en torno del continente los cronistas oficiales de España; y la falta de confianza en el propio destino cultural, que es uno de los síntomas más recurrentes de las clases directoras: los intelectuales y políticos. Hemos estado sometidos a grandes desvíos. Ése es el decálogo que publica el maestro para avanzar hacia el propio hallazgo indoamericano. Veamos por segmentos rápidos lo que él opinaba.

2. *Indoamérica*

A Sanín Cano le atormenta el complejo de inferioridad que acosa tanto a escritores como a jefes políticos en el continente. Por ello, con frecuencia, recurre a los ejemplos de lo que fue la conquista, para indicar que no debemos aplicarnos tantos frenos mentales para acudir a la propia realidad, y vocear que poseemos un caudal cultural que no podemos minimizar. Advierte que las comunicaciones, su constante desmejoramiento, facilita mutaciones en las tradiciones y en la forma de manifestar los pensamientos y los sentimientos. Su proposición no es de estancamiento, sino de tener actitud ante lo que representamos. Las civilizaciones precolombinas tuvieron un sistema para intercambiar sus productos y comunicarse, que aprovecharon los hombres de la conquista, sin adecuarlo más; porque su interés estuvo centrado en el monopolio

² Rudolf Grossman, “Historia y problemas de la literatura latinoamericana”, *Revista de Occidente* (Madrid) (1969).

y exportación del oro a España. Gozaron de animales de transporte, como la llama, que, sin ninguna disputa, incrementó el desarrollo económico de Indoamérica.

Reclama contra las tesis que se quisieron imponer de la primacía de una raza. Este criterio ya no lo acepta la humanidad, porque no es aplicable. España no puede hablar de tener “una” raza, pues su tejido social es una mezcla impresionante de ellas. Antes de venir a este continente, ya eran unos mestizos. El fenómeno se acentuó en el cruce con nuestras indias. Colón entendió, de acuerdo con las teorías de ese tiempo, que el oro era una riqueza. Pero lo utilizaron y él destruyó las industrias y la agricultura de España.

Sanín Cano acepta que la polémica sobre el exterminio del aborigen no debe persistir, pues la crueldad era, en esa etapa, signo de gobierno. Si la conquista la hubieran hecho los romanos, las altas calidades, dones y muestras de gran espíritu cultural de nuestras gentes se habrían exhibido sin reservas. No se hubieran ocultado, ni negado, ni sepultado. Al contrario, lograrían un alto puesto en el medio cultural universal. Bueno: nos tocaron otras normas de conquista. Primaba otra mentalidad. Y dice con explícita certeza: “Hacerles el cargo de crueldad a Alfínger o Ampudia, era como censurarle al tigre sus depredaciones sobre el ganado”. El hecho es que se manifiesta una gran despoblación indígena a la cual han puesto poco cuidado los humanistas. España tuvo temor de que esa gran población pudiera someterla. Era tal la aflicción de los indígenas, que el padre Gumilla, en *El Orinoco Ilustrado*, cuenta que ellos amanecían dando alaridos y que los acompañaba gran tristeza, desde la dominación. Una causa de la disminución de la población indígena se debió a que el trabajo en las minas de oro era muy exigente y aceleró muchas muertes. También contribuyeron las enfermedades y las epidemias. Existían profundas diferencias entre la higiene española y la de los indígenas. En Europa sobresalían por no gozar de aquélla y por la serie de infecciones de que padecían. Las infecciones fueron tan grandes en el continente, que los conquistadores fumigaban sus tropas, y desataban grandes hecatombes humanas.

La limpieza era signo de los aborígenes. Cuenta Sanín Cano que López de Gómara y Restrepo Tirado hacen elogio del agua y de la importancia que tenía en la vida de los indígenas. La pulcritud en Europa también fue importante, pero antes del siglo xvi. Hubo otras etapas menos afortunadas. Hay que puntualizar que

los primeros cristianos se negaban a bañarse por las caricias lúbricas del agua tibia. Para evitar que Lutero triunfara en algunas de sus tesis, los españoles ausentaron el agua de la higiene personal.

3. *Indoamérica y los viajeros*

PARA Sanín Cano alcanza mucho valor lo que puedan decir algunos viajeros. A veces se angustia de observar la ligereza con la cual varios de ellos, además hombres de cultura, se refieren a nuestras existencias y al destino del continente. Esto le despierta sacudimientos de incomodidad. Se siente perseguido por la inteligencia extranjera. Declara, igualmente, que hay que agradecerle a ellos, a los visitantes, que vuelvan su mirada sobre nosotros. Que se espera que lo hagan con rigor, sin complacencias, no apelando a las ligerezas. En torno de las visiones de Waldo Frank y del Conde de Keyserling, formula una serie de anotaciones pertinentes.

Sanín Cano examina que nuestra extensión territorial, y la fuente histórica, son igualmente largas y amplias referencias. Es difícil comprender nuestro mundo con un simple repaso. Se deben tener en cuenta las diferencias entre nuestros habitantes, los de Europa y los de Estados Unidos. Hay, entre nosotros, varios elementos que nos unen: lo criollo —que prefiero nombrar como mestizo—, la cultura y los transportes. Probablemente nos ligen aún insuficientemente, nos dan una ligazón que es indispensable mirar con mucha atención. No es algo circunstancial. Quizás se necesite residir para entender y comprender algunas de las líneas de nuestra formación. El conde de Keyserling exaltando una palabra —“gana”— quiere definir el continente. Se le agradece el interés, pero hay que declarar que así es imposible la comprensión de algo tan complejo como Indoamérica.

El alma americana tiene más cualidades y riquezas. Sus referencias se apoyan en *La vorágine* y sabemos que es una buena elección para algunos datos. Otros se escapan de esa excelente novela. En Waldo Frank se siente más viva simpatía. Lo recorrió con más minuciosidad que el europeo; buscó amistad con personalidades y trató, en cada país, de aprisionar lo que sucedía a nivel colectivo, obedeciendo a su misma ubicación política. A pesar de ello, sus contactos son pobres. En cambio, su visión de España tiene matices que habría que indicar como su posición frente a lo hispanoamericano, o las hazañas de las mujeres, o lo que sucedió con la Edad Media en Granada y Córdoba. Tal vez, el recorrido de

nuestro continente le facilitó la comprensión de algunos caracteres esenciales de la vida española.

Al comentar el libro de Christopher Isherwood *Del Caribe al Plata*, reproduce su observación que entre los indígenas la limpieza era un ritual. Que, después de la conquista, principió a descuidarse. No puede ocultarse que Europa, en épocas del cristianismo, era una pocilga. Acentúa la presencia de los bosques y las bestias salvajes; que el cuchillo tiene un dominio sobre la palabra, es decir el razonamiento, y que vivimos en medio de motines sangrientos. El maestro le enfrenta algunos detalles que son muy apreciables: la presencia turbulenta de países, como los de Europa, que declaran que la civilización es su privilegio. Hubiera podido comparar esa ferocidad y agresividad nuestras con los bombardeos de Londres y Berlín y el cúmulo de barbaridades de la guerra. Así no se hubieran justificado nuestras costumbres, pero se lograría el equilibrio de las exageraciones.

4. *Indoamérica y los tesoros indígenas*

No hemos tenido mucha conciencia de la defensa que debemos ejercer sobre los tesoros de los indígenas. Dejamos que se destruyan, inclusive en este siglo, y en ocasiones se han repartido sus más altas expresiones a países europeos. Colombia, durante la Regeneración Conservadora, entregó a España lo que se llamaba un "presente", tomando lo más valioso de nuestras obras deslumbrantes en oro. Allá están. Se ha intentado poco para recuperarlas, a pesar de que hay una política internacional de que los países devuelvan lo que constituye parte del patrimonio cultural de otra nación aun cuando se haya conquistado en confrontaciones bélicas.

Precisamente, Sanín Cano comenta una publicación de la editorial Propyläen, de Berlín, sobre el arte y la cultura de los incas, escrita por el profesor Max Schmidt, quien dirige la sección latinoamericana de aquella institución. Ha sido una reunión de piezas representativas durante muchos años. Se fueron concentrando allí valiosísimos tesoros. Se establece cómo el oro fue una obsesión y se trasladó a Europa. Para Sanín Cano la conquista constituyó un cataclismo ecológico. De éste no existe memoria muy detallada en los cronistas, porque tenían más interés en elevar las hazañas de sus compañeros. Éstos eran hombres de pocas letras. Los incas poseían una larga lista de principios en la moral, en lo religioso y en la administración de la propiedad. Son sistemas doctrinarios

que debemos examinar con mucho juicio y con comprensión. De suerte que existe una serie de elementos que alimentan nuestras raíces. No estuvo el continente desamparado. Inclusive allí, entre los incas, se manifestaron formas de socialismo, de calidades bien apreciables, dentro del colectivismo. El maestro hace un resumen de los contenidos para concluir que lo más importante radica en la exposición en torno de las obras de arte de origen peruano. Nos insinúa que para comprender lo que nos sucedió hay que leer al Inca Garcilaso de la Vega, un mestizo de extraordinaria inteligencia, quien nos enriquece los contrastes entre lo que se presentó y lo que nos reparten los escritores oficialistas de España.

Necesitamos estudiar sobre la conquista y sus derivaciones, que es de importancia bien calificada. Sanín Cano se detiene en una sola palabra: *cano*. Leopoldo Lugones, en un estudio sobre los trovadores del sur, le permite volver sobre ella. Nebrija en su diccionario de 1492 y 1497 hace dudar que el origen sea nuestro. A pesar de que Colón en la narración de su viaje de 1493 ya la menciona. Nebrija la debió tomar de allí. Es de origen caribeño. La definición en el *Dictionnaire Caraïba Française* del padre Breton, de 1645, dice que es "pirague, sont les gallions de sunages". Esto le permite indicar cómo llegó a Santo Domingo y a los indígenas. Los hermanos Grimm dudan que sea palabra indoamericana. Existe *kane* de procedencia danesa y significa "pequeña barca". También hace relación al diccionario inglés y al término *kahn* en alemán. Igualmente hay uno semejante que llevaron los visigodos a España. Había un intérprete israelita en el grupo de Colón, Torres; se sostiene que se encontraron muchas palabras hebreas en el continente. Entonces, de allí se deriva la creencia de que los primeros pobladores eran de origen israelita. La lengua que hablaban los indígenas de Jamaica y Cuba se sostiene que era un hebreo corrompido. Sanín Cano se explaya en más anotaciones. Su cultura le permite participar en la exploración de muchas exterioridades idiomáticas. Finalmente nos indica que el nombre del río Hayna en Santo Domingo es hebreo: *hain* que significa *fuentes*, y *canu* que quiere decir *estancia en el agua*.

En el continente tenemos dos lenguas activas: el español y el portugués. Ambas son del mismo origen. Son latín deformado. Se volvieron lenguas analíticas y abandonaron los caracteres del latín. No hay posibilidad de proceder separados de Brasil, ni intentar actuar con actitudes indiferentes. No debe primar el nacionalismo y es aconsejable acelerar las comunicaciones. El escritor nece-

sita circular por los diferentes países, y lo mismo sus obras. Es una lucha “contra el aislamiento”, como lo escribió Sanín Cano en 1953. Es su tesis de que la unidad es una constante en el área indoamericana.

Tenemos la obligación de profundizar lo nuestro. En este enunciado se comprende lo referente al Brasil. Lo autóctono nos debe atraer y comprometer. Sanín Cano recomienda que antes de analizar los maestros y filósofos que dejaron huella en el mundo nos desvelemos por lo nuestro. Cita, como ejemplo, a Vargas Tejada, Arboleda, Pombo, Isaacs, Marroquín, Fallón, Silva, Londoño, Carrasquilla, Valencia. Desde luego, hay necesidad de conocer la cultura europea. De allá vienen algunos rasgos que conservamos. Pero esto no implica que no podamos explicar y expresar nuestra propia realidad.

Se muestra ansioso por el tipo de traducciones que están llegando y que ayudan a pervertir la lengua. Llama la atención. No puede decirse que él tuviera una manía “purista”, pues pregonó, en los más diversos tonos, la presencia del “español americano”. Ya tuvimos oportunidad de analizar sus enfoques. Acentúa que hay que ejercer vigilancia sobre los estropicios que reparten las casas editoriales. Escribe con nitidez:

El objeto de esta exposición es señalar el escollo adonde nos conduce la divulgación de este género de obras en el continente. Los escritores americanos de habla española que hoy pasan en la edad del límite señalado por la Biblia empezaron sus estudios bajo la influencia espiritual del ejemplo de literatos como Juan M. Gutiérrez, Cecilio Acosta, José de la Luz Caballero, Santiago Pérez y atentos a la enseñanza de Andrés Bello y Rufino J. Cuervo. El pueblo de las naciones emancipadas de España dio muestras de sumisión y disciplina extraordinarias en materia de lenguaje. En el norte, en el centro y en el sur el ejemplo de los hablantes y la doctrina de los preceptistas obraron la maravilla de que el idioma español se hablase con cierto decoro y unanimidad entre las gentes cultas y entre los escritores de mérito. Esa limpieza en el decir se nota en escritores de épocas más recientes como Juan Montalvo, José Enrique Rodó, Juan de Dios Uribe, Enrique José Varona

Pero la difusión de originales y traducciones, como los que han invadido el continente desde la malhadada paz de 1919, y con más virulencia y en mayor cantidad bajo el azote de la última guerra mundial, va contaminando el idioma en la práctica de escritores jóvenes. Colombia no es de las más influidas por tan pernicioso ejemplo. Todavía dura entre nosotros el recuerdo de saludables enseñanzas, pero en otros países ya se percibe, ob-

servando con cuidado y desprevénidamente, la influencia devastadora de lecturas fragmentarias, voraces y sin criterio, llevadas a cabo en libros acaso bien pensados en el original, pero lastimosamente puestos en español para uso de un público premuroso. Aun en las obras originales provenientes de aquellos obreros, ya se ve la declinación del buen uso.

5. Indoamérica y la renovación literaria

No hay que desdeñar las contribuciones de Indoamérica a la renovación literaria. Entre 1880 y 1890, se marca el fin de las letras castellanas y vienen “transformaciones fundamentales”, es una de las tesis de Sanín Cano. El comienzo está en nuestra comarca. Lo primero que nos acontece es que el conocimiento de la naturaleza y el estudio que habían adelantado las diferentes misiones científicas, conducen a una forma de realismo literario. Más tarde se avanza hacia el naturalismo, del cual nos quedaron malas imitaciones. También aquí, en nuestra área, se produce una reacción contra las exageraciones del romanticismo. Es decir, se está alerta a los más intrincados procesos de lo cultural. Por último, irrumpe el modernismo. Descuellan Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, Rubén Darío —que fue capitán y motor intelectual de esta modalidad—, Julián del Casal, etc. Sanín Cano sintetiza sus calidades diciendo que expresaban cierta pompa imaginativa, con una singular riqueza verbal. Que no se puede desconocer que en el siglo XIX la contribución española a la poesía fue exigua; el modernismo la transformó, entregando recursos, modalidades y una escuela bien claramente significativos para la vida intelectual europea.

Veamos otro asunto. Son simples referencias para que se aprecie que el área no estaba al margen de la lucha que se libraba, hacia nuevas formas, en el afán literario. Lo hace con criterio de autenticidad. Los novelistas indoamericanos, para citar un caso, aprisionan los temas, que son diferentes a los de Europa. En cuanto al contorno y en cuanto a las fuerzas interiores que mueven a sus personajes. En su escritura descubren cómo es su medio y de qué manera se desenvuelven sus condiciones sociales. Lo humano, en medio de diversos torbellinos, determina su escritura. Nuestro tipo individual se ciñe a circunstancias muy peculiares. El crítico de ultramar no puede comprender porque ese ambiente sociológico no está en su cercanía, no le proclama subyugación o sometimiento a sus reglas. Como es lógico, se manifiestan escritores de Indoamérica que aman la subordinación o a lo que aspiran

es a que las obras de la región tengan un sello “hispano” o europeo. Ello, por fortuna, no acontece ni en cuanto a los temas ni a la técnica. La realidad social es bien diferente a la de las lejanas latitudes. Nuestra tierra y quienes la habitan con sus mundos —internos y externos— son recreados en las fábulas de los grandes creadores indoamericanos. No hay imitación de personas sometidas intelectualmente. Nuestro paisaje —el llano, la selva, las altas y desafiantes montañas y sus climas, de los de fuego hasta los de invernadero— van condicionando al habitante con explícitas y singulares reacciones. Psicológicamente tiene una manera que es propia, sin ataduras a lo lejano. Su manera de comportarse es una reacción que lo ciñe, lo regula, le da un marco y una manera de actuar. La vida política —las guerras civiles, las tiranías, para mencionar lo que más llama la atención a los extranjeros— tienen un norte cordialmente democrático. No tenemos tradición monárquica. Y en lo económico —con leves excepciones industriales o de presión de terratenientes— la gente lo que pretende es subsistir. Gozar de medios para mantener su dignidad de manera que, entre contar lo inmediato o lo extraño y lo que viene de las especulaciones, se detiene en lo primero.

Hemos ido caminando hacia una cultura propia. Hay que considerar que nuestra independencia apenas goza de doscientos años. Los siglos anteriores no los manejábamos nosotros y no teníamos contacto sino con los mestizos que transformaron el arte barroco. Llegó éste a ser clásicamente indoamericano. En la medida en que se estudia, se van solidificando más las contribuciones propias de nuestra opción del universo. Las figuras humanas, la flora y la fauna, son los elementos que nos distinguen. Hemos ido avanzando en el manejo de las universidades, consiguiendo que la política no las domine, para evitar expulsar profesores tan ilustres como Bertrand Russell, como hizo la Universidad de Cambridge. Aún más: una aspiración es consagrar centros académicos regionales que permitan profundizar en los caracteres de la comarca, para así ir atando las posibilidades de los distintos grupos en actos de identificación nacional. Hay que estar atentos, pues la política puede sufrir grandes deterioros. Nuestro deber es el de seguir actuando para remediar los males. No se puede detener el impulso comunitario porque sería tanto como dar por aceptada la tesis europea de que, después de la independencia, no tendríamos predisposición para gobernarnos o tener jefes calificados para ello. Era apenas natural, pues nuestra inclinación fue la manera democrática, cuan-

do en sus países se debatían entre políticas monárquicas y autocráticas: “En cincuenta años de revueltas, nosotros aprendimos a vivir más o menos libres: en cincuenta años de paz armada aquellos países (los europeos) prepararon el ocaso de la libertad”. Tenemos, también, evidentes muchas tesis para continuar la batalla por fortalecer los principios clásicos de nuestras nacionalidades.

No puede persistir duda ya de que somos un continente con una voz propia. Grossmann dijo desde hace varios años en su severa investigación de qué manera nos comportamos: “Se basa en un americanismo específico que es único e irrepetible y que, en sus tendencias fundamentales y problemas, no cristalizó como un mero producto de las dos últimas guerras mundiales, sino que existió desde el principio, a través de las épocas, como lo realmente permanente en la sucesión de modas literarias”. El mismo autor se formula una pregunta que ya está resuelta sin dilaciones: “Pero esto plantea el problema: ¿el esquema crítico europeo seguirá siendo siempre el único adecuado para interpretar la literatura del Nuevo Mundo? ¿Son realmente idénticos los principios de creación acá y allá?”.

6. *Indoamérica y el porvenir intelectual*

EN la *Revista de América*, Giovanni Papini planteó la duda —muy clásicamente europea— de si teníamos algún porvenir intelectual, pues parecía que no habíamos dado ninguna respuesta a los requerimientos mentales de la humanidad. Éramos el área de las fuerzas negativas. Su artículo se titula: “Lo que América no ha dado”. Advierte que no se refiere a lo económico y lo político. Sanín Cano revira sosteniendo que no puede separarse la cultura de estos dos factores. Papini pone a Rufino José Cuervo a la zaga de Menéndez Pidal y Menéndez Pelayo. Afirma que los conquistadores llegaron con la lengua y las costumbres. No contó que no se habían importado ni bibliotecas, ni obras de arte, ni sabios. La cultura principió a abrirse por estos caminos cuando los monarcas franceses se interesaron por ella desde la monarquía española, a fines del siglo XVIII. Sanín Cano escribe con su erudita precisión:

Los europeos trasladaron su civilización a América con muchas limitaciones, y a las culturas que había en estas regiones, ya con orden civil algunas de ellas, como las de México, Perú y Cundinamarca, y nómades o errantes otras, las extirparon cuidadosamente por ser contrarias a la religión cristia-

na y no reconocer la soberanía de la Corona española. De lo cual resultó en la vida civil de los pueblos americanos una solución de continuidad. La destrucción absoluta de una de dos civilizaciones que se ponen en contacto crea una zanja de tiempo y de espacio que no favorece, según Toynbee, a la civilización predominante. El señor Papini cita, no sin insistencia, los siglos en que los americanos no han sabido aprovechar la civilización que nos trajeron los españoles: fijemos cifras y hechos desapasionadamente. Todo el siglo *xvi* fue labor tesonera y heroica de conquista en que hay momentos de imponente e insuperable grandeza, como la expedición de Jiménez de Quesada con término en el corazón de la Nueva Granada. El siglo *xvii* fue la organización de la Colonia. Se organizaban los españoles y trataban de mantener aquí la civilización española dentro de límites muy relativos. Se atendía al indio, pero como se ha visto, y como lo muestra todavía la condición de esa parte de nuestro pueblo en algunas regiones del país, mediaba una solución de continuidad entre las dos razas y, por lo tanto, entre las dos culturas. No fue sino en el siglo *xviii* cuando se empezó a tratar de crear en estos países la cultura europea. Y en cuanto los españoles nacidos en América, que ya formaban la mayoría de la población, empezaron a darse cuenta de su situación de subalternos sin derechos ningunos, se dieron a la tarea de preparar la emancipación. A principios del *xix* las colonias se creyeron listas para la independencia y se lanzaron a la guerra que duró tres lustros, toda una generación. De modo que los cuatro siglos de trasplante se reducen a poco tiempo adecuado para llegar con la cultura y extenderla por el continente.

En seguida vinieron las guerras civiles cuyo valor cultural no puede negarse, porque con dictaduras bárbaras, revoluciones en vez de comicios y constituciones semestrales, prepararon a estos pueblos para la verdadera libertad y para vivir en paz unos con otros. La cultura europea, en verdad, no hatenido más que un siglo escaso para difundirse en América. ¿Cuánto tiempo, cuántos siglos de lucha y de ejercicio de una habilidad y perspicacia política hasta hoy sin iguales en la historia, hubieron menester los romanos para aclimatar y afianzar su cultura en España, en África, en las Galias? Y eso que los romanos no destruían sistemáticamente las civilizaciones o la religión de los pueblos conquistados: se afanaban por comprenderles y llevaban sus ídolos a Roma.

Conviene detenernos un poco en esta consideración porque el señor Papini es de sentir que "América [...] ha gastado la mayor parte del capital de su inteligencia en [...] la pelea política". Este gasto no ha sido mera disipación: las luchas civiles han preparado a estos pueblos para la vida libre, en el respeto de los derechos ajenos. Y éste es un valor de cultura que acaso tenga también valor estético duradero.

Se interesa por ir rebatiendo los puntos expuestos por Papini. Cuando éste censura nuestras guerras civiles, Sanín Cano le precisa que

ellas prepararon a nuestras gentes para la libertad y para vivir en paz unos con otros.

Indica, haciendo alusión a la conquista, que los romanos extendieron su cultura por Europa, Asia y África sin exterminar a los pueblos conquistados. sin arrebatárles sus dioses y sus ritos.

uestro continente es de “grandes riquezas, desconocidas en su mayor parte por sus aborígenes. El español vino a explotar estas regiones para empobrecerlas, pues los productos de la explotación se enviaban. casi en su totalidad, a España”. Durante el siglo XIX tuvimos población “en dolorosas condiciones de insuficiencia”. A principios del siglo XX llegaron a Indoamérica más de treinta millones de inmigrantes. Luego, vino otra oleada con motivo de las guerras civiles de España y las de las derechas en Europa. Por la invención americana, se aceleraron los transportes y de aquí se enviaban productos vegetales y animales vivos. La producción de América en el siglo XIX hizo posible el alza considerable de la riqueza, de la comodidad y de la cultura en Europa. Para calmar las pretensiones de los paisanos nuestros, adictos al “hispanismo” o al “eurocentrismo” y con desprecio por nuestra manera de conducirnos en la vida, evoca el maestro que en los siglos XVI y XVII la mayor parte de Europa era una pocilga. Cuenta que Luis XIV no se bañó el cuerpo en su “larga y luminosa vida de astro central”. Felipe II murió por falta de higiene personal. Alejandro VI envenenó el aire de su residencia por el “insuficiente aseo de su cuerpo”. En Copenhague las avenidas estaban llenas de cerdos. El cronista padre Figueroa dice que los indígenas —las tres cuartas partes murieron por causa del “vaho”. El indio era pulcro. El baño era para los naturales un rito. “La incuria personal del conquistador transmitía gérmenes infecciosos al indio desprevenido”.

Dice, también, que Papini calla los nombres de sor Juana Inés de la Cruz y de Francisca Josefa de Tunja. Menciona que sólo hay una Rosa de Lima, pues los “santos no se hacen en América sino en el Vaticano”. Más adelante agrega:

Filósofos, en verdad, no ha habido muchos en América. Pero los ha habido. El señor Papini nombra a algunos y se olvida de obras expositivas claras y profundas.

Al hablar de las novelas de los escritores americanos el señor Papini compara a *María*, de Jorge Isaacs, con la *Graziella* de Lamartine, para decir que la primera no ha alcanzado la popularidad del idilio napolitano. ¿Sabe el señor Papini que la novela de Isaacs es el libro de lengua española

del cual se han hecho más ediciones en el siglo *xx*? Además, la popularidad no guarda siempre proporción estrecha con los méritos de un libro. También yerra el señor Papini diciendo que la obra de Silva es ignorada en Europa. En un bello estudio, profundo y además documentado, de Fitzmaurice Kelly, titulado *Some masters of Spanish verse*, está incluido Silva entre los maestros de la poesía castellana. El autor de esas incomparables páginas sobre la poesía española no era pródigo en alabanzas ni hacía de la crítica mero entretenimiento del espíritu. En el estudio a que me refiero hay una atinada traducción inglesa de "Un poema", de Silva, y ha poco que la *Saturday Review of Literature*, de Nueva York, publicó una traducción en inglés del "Nocturno", una de las efusiones poéticas del amor fraternal más vehementes, originales y profundas que conoce la poesía de todos los tiempos.

La obra de Silva no es ignorada sino por los que rehúsan enterarse. Sobre mi mesa tengo una edición barcelonesa, de la casa Maucci; otra de París, por Michaud; la del señor García Prada, hecha en México; la de la casa Nascimento, llevada a cabo en Chile; varias preparadas en Bogotá; una reciente de Buenos Aires, con prólogo de Capdevila. No las tengo, pero sé que existen, ediciones hechas en Madrid por el señor Rufino Blanco Fombona. Si con todo esto la obra de Silva es desconocida en Europa la culpa no es de Silva, ni de los editores, ni de las críticas del siglo *xx*. Darío y Silva abrieron nuevos rumbos en la poesía castellana.

7. Indoamérica y la historia

EN Indoamérica asistimos a dos clases de revoluciones. Generalmente se incuban en alguna injusticia del gobierno. Hay unas que son artificiales y se estimulan desde países extraños donde se realizan. Nos hemos visto envueltos en codicias mayores, como la que se desató por el Canal de Panamá entre Inglaterra, Estados Unidos y Francia. En 1903, Saxoamérica auxilia para que se separe de Colombia. A un chico le preguntaron, relata la anécdota, cuáles eran las industrias de los Estados Unidos y él contestó: alimentos higiénicos y revoluciones sudamericanas. Los movimientos turbulentos nuestros tienen un sedimento moral. No sucede así en Europa.

La historia la hemos ido conformando con materiales que nos han tratado de disgregar y no lo han logrado. No hay urgencia de hacer un recuento de lo acontecido en la conquista y la colonia y, luego, la misión de algunos gobiernos reaccionarios —en Colombia la Regeneración Conservadora, por ejemplo— que desvían al país de los cauces normales de su desenvolvimiento, creando recursos, constituciones y partidos con ideologías arbitrarias. Entre

nosotros, hay una notoria fuerza popular, que nos permite volver a enderezar los cauces, en grandes movilizaciones colectivas. Estamos contando con la voluntad de un pueblo que tiene, instintivamente, el coraje y la resolución para emprender o acompañar grandes movimientos. No hay resolución y entusiasmo que no hagan evidentes. Hemos ido fraguando nuestro desenvolvimiento desde el centro del mestizaje, que es el gran aliento y sostén de lo que somos. Él *nos* da un acento, unas particularidades y nos permite proclamar que el continente tiene cualidades que ya lo vuelven singular. Porque tiene una identidad y un poder. Lo regional adquiere una dimensión de integración en el área. No se levanta como elemento de lucha o de dispersión, sino como base del propio impulso que nace de los actos comunitarios que hay urgencia de realizar. La historia nuestra se orienta a la unidad, conservando los perfiles cada país. Anhelando que lo nuestro aliente con la tendencia que marca lo comunitario.

Es una historia con una dimensión cultural, a nivel del hombre. No está ideada y dirigida por seres excepcionales, que no tienen nada que decir al proceso social. No. Bien al contrario, éste es el que orienta esas luchas, pues tenemos mucho para reivindicar. Somos un continente en formación. Nuestra vida es relativamente muy corta en los procesos que debe vivir un país para proclamar su carácter. Indoamérica ya puede hacerlo. El crecimiento de su ambiente auténtico le permite vivir en medio de una identidad que lo diferencia de Europa, Asia, África y Oceanía. Nuestro discurrir tiene sus modalidades que le dan una fisonomía, la más auténtica y reveladora de una voluntad de representar y expresar sus proyecciones peculiares. Es un continente con su propio acento.

8. En Indoamérica: americanidad y americanismo

SALCANO tuvo viva su inquietud por los problemas internacionales. Ya lo hemos denunciado en estas páginas. Invariablemente alerta en cuanto a lo que acaece en el universo y pueda tener una relación con la comarca en cuanto a su destino. Se apasionó, particularmente, de aquello que nos va definiendo la personalidad. En la universidad de Nueva Orleans dictó una conferencia, en la cual se centró en hacer diferenciaciones que son elocuentes en relación con lo de aquí. Advierte que *americanidad* y *americanismo* son palabras con alcances diversos. Que representan valores separados. La americanidad es un sentimiento ingenuo y el americanismo

ambiciona una solidaridad por si hay un ataque de otro continente. Cita una referencia: las guerras de independencia fueron un movimiento americano. Las conferencias realizadas desde 1826 van creando un sentimiento americanista.

El hombre americano está ceñido a una tradición histórica. Tiene una firme vocación por la noción del honor y de la libertad. Ésta fue una motivación en las luchas, también constantes, durante los periodos de conquista y colonización. No hubo una hora de reposo, pues los indígenas estuvieron luchando. Es otra conducta débilmente explorada. Lo que vino a darnos un enfoque propio, una categoría, un matiz que nos distingue, es el mestizaje. Cuando éste se unió, a pesar de las múltiples clases que proclamó España, se logró la independencia. Para ello el maestro hace una referencia detallada de cómo se hizo esa atadura racial, que cobija a los dispares caracteres de la relación. El americanismo, movimiento que irrumpe como consecuencia del afán de americanidad, comenzó su ascenso desde 1880 por impulso del gobierno de Washington. Juzga a James G. Blaine como padre de éste. La Unión Panamericana fue su centro de irradiación. No corresponde a un propósito de exclusión. Concluye que el *americanismo* y la *americanidad*, no son conceptos de combate sino de aglomeración pacífica.

En múltiples escritos sigue con minucioso registro lo que se discute en las conferencias panamericanas. En 1935, puntualiza que en Buenos Aires se lograron circunstancias favorables para el análisis de nuestros problemas económicos. Se exploró lo que sucedía con el comercio en relación con Estados Unidos, con Europa y con Japón. Son temas que a cada país nos conciernen. Aprovecha para señalar que hay un abandono en las comunicaciones en Colombia que favorecen el atraso. Hace pertinentes alusiones a hechos como la producción de frutas en Tumaco, en el mar Pacífico, sin que existiera una red de ventas para los otros países que las demandan. La búsqueda de mecanismos para acelerar el proceso de integración avanza en cada nuevo encuentro.

El repaso a la doctrina de Truman, y sus ayudas a Grecia y a Turquía para detener el comunismo, le permite formular algunas acotaciones básicas. En primer lugar, que se debe estar alerta, pues hay cierta confusión política que podría favorecer una intervención y que ello sólo se soluciona en cuanto se acuerden mecanismos internacionales para evitar los nuevos riesgos de una guerra. Para el área traería consecuencias deplorables. Hay prevención contra Estados Unidos después de la invasión de Santo Domingo.

No es lógico que por la fuerza se trate de organizar el destino administrativo en nuestra área. Hace una afirmación que debería sonar a grave desvío político: "La lucha del mundo contra el comunismo es un tanto escasa de fundamento". Los temores que se predicaban contra él son flaqueza de espíritu. Él es tan viejo como nuestra civilización. Sanín Cano asegura que para combatirlo lo que se necesita es tener una política para derrumbar muchas de las causas que lo hacen propicio: "Hay un empleo mejor que darle a la riqueza pública de los Estados Unidos: suprimir esos ambientes, antes que hacer trincheras en Grecia contra el comunismo".

Cuando en 1948 hace la presentación de cuál es el ambiente en Bogotá para recibir a los delegados para la Novena Conferencia, advierte que hay principios que a éstos los aglutinan: que hay conformidad en el pensamiento de cambiar la orientación de la Unión Panamericana, como lo ha enunciado Alberto Lleras, su secretario, para crear un mecanismo más conforme con las orientaciones de nuestros países. El primer interés está en mantener la libertad, que es signo de sus acciones desde México hasta la Argentina. Ese aglutinamiento ha creado los elementos para la gran nación espiritual. En Bogotá se podrá tener vivo el sentimiento de unidad, porque aquí pudieron combatir quienes vinieron con sentimientos de aglutinamiento en sus afanes. En Bogotá las preocupaciones se confunden con las de Indoamérica.

Cuando en 1927 se había convocado para una nueva conferencia, en su artículo "O definirse o claudicar" (31-X-1927) refirió, con angustia nacional, que ella se comentaba en términos inquietantes en todos los idiomas. Que Colombia salía en esos comentarios críticos como que hubiéramos entregado parte de nuestra soberanía, cediendo la administración de algunas rentas a agentes de nacionalidad extranjera. Además, se asegura que el país está intervenido por Estados Unidos. Que, por lo tanto, es necesario aprovechar la reunión para proclamar que "vive Colombia en pleno y legítimo uso de su soberanía".

unca abandonó su afán por lo que aconteciera en las conferencias de nuestros países. En la conferencia de Lima, recalcó un hecho capital: el sentimiento de unidad está asentado en la paz. En la de La Habana recorría una agitación por la incertidumbre que creaba la guerra mundial, en ese instante aún con perfiles solamente europeos. Las que se reunieron en Panamá y Buenos Aires estuvieron, en esos años, orientadas a ver cómo se podían aislar nuestras naciones del conflicto. Estados Unidos, en esa época, no

quería intervenir. Tuvo que hacerlo cuando las derechas bárbaras pusieron en aprietos a la democracia en Europa.

La inquietud por un visible retroceso hacia la derecha de algunos países del área, especialmente Argentina, en circunstancias tan dramáticas para la democracia, lo lleva a formular reflexiones porque son síntomas que pueden acelerar el pavor en el continente. Las ideas de adelanto y progreso no son tan claras como hace cincuenta años, anota en 1946. La tendencia de derecha es una reacción contra los principios liberales, que dan aliento de que puedan acercarse al socialismo. El fascismo aspira a eliminar algunas de las grandes enunciaciones sociales de varias constituciones del continente. Esa anormalidad para mirar nuestro destino la engendra Europa con las fuerzas que arrancan del nazismo. Es una imitación de los dictadores europeos. Hay un deterioro de la civilización contra la cual debemos estar alertas. Es el combatiente por la libertad el que está aquí en acecho, previendo.

Estuvo vigilante de cada movimiento que entrañara un posible cambio favorable en el manejo de nuestras relaciones internacionales. No estaba tranquilo con expresiones, actitudes y posturas del imperialismo norteamericano. Le parecía que eran actos innecesarios. Cuando llegó a Colombia un representante de Sandino, se evidenció una unanimidad para celebrar sus combates. Sanín Cano pronunció una conferencia para expresar la solidaridad nacional. Se acentuó un consentimiento desde las alas liberales hasta las conservadoras. Su lucha, dijo, refleja dos maneras de entender las relaciones internacionales. El hecho escueto es que hay una cercanía con ese movimiento en Indoamérica. El presidente Coolidge califica de bandoleros a Sandino y a sus compañeros. No es lo mismo la acción política de estos luchadores de Nicaragua que la actividad de los criminales de Chicago. No pueden gozar del mismo calificativo. El general Díez pidió la intervención de Saxoamérica. Se intentó aclimatar una acción de exterminio relegando el derecho de gentes. Coolidge está levantando la tesis, que no existe en ningún tratado, de que un gobierno ajeno al conflicto puede defender a los amigos dentro de las fronteras donde se desarrolla el enfrentamiento. Es la tesis perfectamente ideada para la intervención sin que existan antecedentes en el mundo. La costumbre en nuestros países es conservar la imparcialidad. En Nicaragua, fuera de las implicaciones políticas internas se está confrontando también la teoría de la igualdad de las naciones, y el respeto que merecen.

9 *Indoamérica y una cultura nuestra*

SOBRE la obra cultural del continente han existido y se han propagado muchos equívocos. Nunca se pudieron poner de acuerdo los españoles para saber qué sitio y qué calificativo podían dar a nuestros creadores. Lo más fácil fue desconocerlos. No mencionarlos y no detenerse en sus obras. El primero que los menciona es James Fitzmaurice Kelly. Pero no los sitúa en su contorno peculiar. Menéndez y Pelayo sostenía que “la obra literaria de los americanos de origen español era de forma, de índole y de pensamiento netamente español [...] y eran poetas mediocres”. Cejador y Frauca trataron de asomarse al panorama y dejan la sensación de que desistieron. Se ignora a la totalidad de quienes realizan tareas culturales: historiadores, novelistas, críticos, poetas. En el arte ni siquiera merecían la mención lejana y despreciativa. Simplemente no existían.

De pronto comenzó a plantearse la presencia de una literatura nuestra. Sanín Cano dice que hay que puntualizar qué se entiende por ésta. El hecho es que el calificativo comienza a tener aceptación. Las referencias se multiplican. Algunos españoles se acercan con simpatía a esta clasificación: Luis Araquistán, Enrique Díez Canedo, Américo Castro, Andrenio, Ramón Pérez de Ayala. Alfred Coester, doctor en filosofía y socio de la Hispanic Society of America, publicó una crónica con el título *The literary history of Spanish América*.

Inicialmente nuestro crítico tiene dudas de que pueda hablarse de ella sin inhibiciones. Advierte que el tema requiere cautela. Más adelante, en cuanto avanza en los estudios particulares de esta modalidad, va comprobando que sí es posible sostener ese sustantivo calificador. Entra, entonces, a hacer un escrutinio minucioso y recurre a varias premisas, que nos van acercando al tema:

los libros prominentes están escritos en lengua común; *b*) en ciertas épocas hubo “estados de espíritu predominantes en toda la extensión del continente”; *c*) el español ejerció influjo a veces en contra de los sentimientos de nuestros escritores; *d*) hubo un momento de predominio de los maestros franceses; *e*) de medio siglo para acá, las diferencias espirituales entre los pueblos son significativas; *d*) se cultivan los nacionalismos, en forma muy estrecha. Pero, avanzando, ellos señalan la unidad del continente.

Sanín Cano aprovecha para hacer otra serie de razonamientos, para poner orden en la tesis central: *a)* por ser tan diferentes los escenarios —“hondas raíces en el ambiente físico”—se vivifican las diferencias; *b)* hay que conocer la tierra de nacimiento, dijo Goethe; a los literatos de esta región les falta este sentimiento; *c)* la sensibilidad artística varía de grado de un país a otro y, por lo tanto, su expresión no es común; *d)* el medio político, el ambiente físico y moral y la manera especial de sentir y gustar la vida, dan perfiles a nuestras literaturas; *e)* y, luego, facilita la anotación de diferencias entre los escritores de Colombia y Argentina, para citar un caso que se multiplica.

Estos pensamientos no permanecen inmutables en la inteligencia de Sanín Cano. Lentamente, y es fácil de seguir la suerte en sus escritos, va encontrando las identificaciones y evoluciona hacia un planteamiento donde resplandece su sereno y hondo juicio. En este avanzar y comprobar, Sanín Cano hace evidente su penetración y rigor para el análisis; precisa razones; no afirma sin bases; no registra efectos sin causa. Es un indagador serio, de profundidad, con interés de juzgar con resplandor. Abunda en el acercamiento a las materias. Es su decidido apasionamiento de acierto. Sitúa raíces, causas, posibles cambios y mejoras. Hace escrutinio, valoración y se deja llevar por un raciocinio metódico.

Lo afana establecer qué es una historia literaria y advierte que es una ciencia con fundamento. Que tiene una categoría que no podrá desconocerse. Insiste en que el autor de un libro no es una persona aislada en la sociedad en la cual actúa y se ve sometido a muchas influencias. Que no es bueno confundir la crítica literaria con el tipo de historia a que se está refiriendo. Presenta como pre-misa ineludible que el “historiador ha de sentir sincero afecto por la literatura del país o del momento por él escogido para darle vida en un cuadro de valor histórico”. En Colombia, no se ha intentado organizar la que nos corresponde.

Al interesarse por la literatura indoamericana, lo primero que hace es destacar las singularidades de nosotros frente a España. Referir cómo no nos tienen en cuenta las historias literarias. Ya vimos que este hecho lo comprometía en protestas. A veces, en aquellas, con regateo, mencionan uno que otro nombre. Realmente no hay reconocimiento al singularísimo aporte de la comarca a la creación. Tienen razón, pues revelamos una concepción bien distante de la de España y Europa. La forma de comprenderlo, de calificarlo, de interpretarlo o de contarlo, tiene diferencias capita-

les. Somos, pues, un mundo aparte, unidos por la base capital de la lengua. Que también tiene matices sustanciales, fuerzas que llevan a expresiones que no circulan en España ni allí las comprenden. Es lo que se llama el español de América.

Esta vertiente indoamericana, él la enriquece al calificar la escritura del área. Toma sus libros y ordena sus ideas. Pondera sus tesis económicas y sociales. Vuelve a inmiscuirse en las materias relacionadas con la cultura. Es una mirada fresca sobre la región. Analiza a los autores que en Colombia se excluían porque se les juzgaba en "pecaminoso ayuntamiento" con el socialismo o lejanos del sistema religioso imperante. A Sanín Cano le interesaba comprender lo que nos daba una fisonomía y nos estimulaba perspectivas de estudios continentales, y abría así la posibilidad de unir a ese escrutinio lo que realizaban los colombianos. Lo nuestro, lo colombiano, lo situaba, lo rescataba y lo ennoblecía. Su inquietud era comprender a Indoamérica. Tenemos unas condiciones especiales que nos dan una fuerza característica frente al destino de otros continentes.

Indica en su estudio, en cuanto a la literatura, los obstáculos que ha tenido para el desarrollo de la comarca.³ Entre otros, el vivo impulso religioso heredado de España. Existe un hecho del cual se preocupa y que enfatiza: cómo es la unidad de pensamiento y de expresión en Indoamérica. Es bueno anotar que en el primer ensayo que tomamos de él, esta tesis aún no aparecía esbozada. Más tarde la sostiene con ímpetu. Hemos padecido de disgregación por falta de comunicaciones y la ausencia de un centro de modelos, como ha sucedido, a veces, en la historia: Atenas en Grecia, Alejandría, Roma y Bizancio. Concurren puntos de coincidencia que son discernibles para una literatura como la indoamericana. Porque no podemos dejar que nos aisle el sentimiento regional. En 1906 existía la preocupación de cómo atarnos espiritualmente. El escritor se dirige a la revista *Hispania* para acentuar que existe una Asociación Literaria Internacional Americana que desea constituir organismos para defender esa necesidad de aglutinarse que tiene la inteligencia.

Evoca con mucha alegría intelectual y humana que la primera expresión del pueblo indoamericano para alcanzar su independencia fue proclamar el cabildo abierto. Una expresión del poderío de

³Baldomero Sanín Cano, "Rutas culturales en América", *Lecturas dominicales de El Tiempo*, 20-y-197.

las masas. No esperar la salvación sólo de los grandes líderes. El pueblo tiene algo para decir y lo debe expresar en ambiente libérrimo. Esto le permite afirmar que hemos tenido pocos genios pero que el poder del pueblo no puede desconocerse.

Cuando Francisco Franco resuelve zurcir, de acuerdo con sus consejeros, la posibilidad de un imperio “hispanoamericano” para entrar en una alianza con Alemania e Italia, es decir, con el nazismo y el fascismo, lo que facilitaría que nuestra región fuera proveedora segura de materias primas indispensables para la vida de una Europa de derecha, con democracia abolida y “para mantener su poderío sobre las posibles conquistas”, Sanín Cano remata sus indicaciones advirtiendo: “El medio ambiente ha echado ya diferencias insalvables entre España y las Américas [...] nuestra cultura no es exclusivamente española”.

En una de sus páginas, él nos contó cómo el gran escritor y novelista argentino Eduardo Mallea, como director del suplemento cultural de *La Nación*, publicó cuentos de autores de cada uno de nuestros países, incluyendo a Brasil, como era elemental. Leyéndolos, quedan en evidencia los caracteres generales de la obra indoamericana: perfiles, matices, características, estilo, idioma y la revelación de los asuntos individuales y colectivos. Es una ratificación de la unidad cultural del continente.

10. Indoamérica y su unidad

HABRÍA muchos otros visos, referentes a la unidad y la identidad de Indoamérica. Podríamos solazarnos en el mestizaje, que Sanín Cano menciona con frecuencia para hacer precisiones en torno a nuestro devenir; las profundas desemejanzas que nos separan de España; las características de nuestros pueblos, que nos hacen dispares de los otros continentes. Éste es tema al cual he dedicado varios años de investigación y termino un libro que publicaré próximamente.⁴

Sería bueno escudriñar sus controversias con don Miguel de Unamuno cuando éste sostuvo que la guerra de emancipación fue un enfrentamiento entre españoles y no hay resquicio, en las palabras de éste, para que aparezca la cultura de este lado oceánico. Naturalmente, el maestro nuestro pregunta, entonces, cuál fue la

⁴Otto Morales Benitez, *El mestizaje como autenticidad e identidad del continente* En prensa.

misión de los mestizos y, a la vez, puntualiza el linaje de su escritura, tan lejano del de la península. En el debate era explícito y directo, lleno de eruditas reflexiones, y no lo abatió la dureza del enemigo. Su palabra se empinaba con dignidad y sabiduría.

No vamos a hacer más enumeraciones. Es de una riqueza espectacular la variedad de temas que roza con conocimientos y con dinamismo intelectual.

Sólo queremos acentuar su creencia en la unidad de Indoamérica, como tesis central. La circunstancia es que los lazos espirituales de nuestros países, y de los hombres de letras y de gobierno, se estrechan, a pesar de las distancias. En las luchas comuneras se escuchaba el mismo grito en cada una de nuestras regiones. En la independencia no hubo cesuras. Había unas concordancias intelectuales y políticas. Es una incontrovertible atadura social e histórica la unicidad de la comarca. El desarrollo cultural también va obedeciendo a unas ideas centrales que nacen del idioma, del manejo de las relaciones humanas, de las circunstancias de espacio, tiempo y vocación, de aprisionamiento y comprensión de lo nuestro. Juzgo que los gobiernos necesariamente deben ayudar a la unidad. Ésta debe ser el centro primordial de las tareas y convicciones.

El tiempo ha demostrado que hay un sentimiento espiritual desde México hasta Chile. Es un macrocosmos moral y material. Lo cultural adquiere supremacía. Indoamérica tiene vocación para servir de patria a la elección del género humano. Sanín Cano dice que estas expresiones son tan fuertes en el ámbito de unidad, que él señala que nos vamos organizando y adaptando a un libreamericanismo. Que nadie sienta obstáculos para desarrollar su existencia en cualquiera de sus medios. Que tenemos la ventaja de que en las naciones no hay odios entre sus conciudadanos y sus vecinos. Hace cuarenta años la imagen del continente en Europa era muy negativa. En Italia se hablaba de las republiquetas entregadas a la férula, el látigo y el capricho de los dictadores. Se hacía poca mención de las guerras en Serbia, Bulgaria y Montenegro con caracteres peores que los nuestros.

Analiza la poesía de varios países, y dice que es cercano y vital los arrestos de cercanías. Que éstas se hacen clarísimas en el pensamiento. Que se puede constatar en los poemas de Jaime Torres Bodet, de Pedro Prada, de Germán Pardo García, para citar nombres de países retirados entre sí, que inspiran temas lejanísimos, pero que integran elementos concurrentes.

La guerra ha tenido la virtud de atarnos más: “A estas naciones de América les ha llegado al fin la hora de darse cuenta que están viviendo en un mismo solar curiosamente reducido”. Entre nosotros nació la solidaridad y se ha vigorizado. No nos dan poder sólo las armas, sino los preludios morales.

La unidad americana no es un hecho nuevo. Es, sencillamente, un acto histórico. Hay una postura indoamericana, por encima de los caudillos. Hemos creado un derecho internacional para no dejar abatir las formas de aquélla. No nos disgregan ni los dictadores. Porque contra ellos se organiza el sentido de la democracia para manejar a los pueblos. Ella es el sello y el elemento de cada una de las acciones creadoras: desde la literatura hasta la política, desde la doctrina democrática hasta el desenvolvimiento de los pueblos en su lucha por la emancipación económica. Ella para regular el presente y el futuro. De allí nadie puede desertar.